

El año del hambre

A*

Aki Ollikainen

El año del hambre

Traducción del finés de Luisa Gutiérrez Ruiz

Primera edición, 2018
Título original: *Nälkävuosi*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Copyright © Aki Ollikainen 2012
Published by arrangement with Siltala Publishing, Finland

© de la traducción, Luisa Gutiérrez Ruiz, 2018
© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Imagen de cubierta: El río Ivalo en Hammastunturin, Finlandia.
Fotografía del autor: © Laura Malmivaara

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.
Avió Plus Ultra, 23
08017 Barcelona
España
www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-17007-61-4
Depósito legal: B. 22.763-2018
Impreso por Reinbook, serveis gràfics, S.L.
Impreso en España – Printed in Spain
Diseño de colección: Enric Jardí
Diseño de cubierta: Duró

Este libro ha sido impreso con un papel ahuesado, neutro y satinado de ochenta gramos, procedente de bosques correctamente gestionados y con celulosa 100 % libre de cloro, y ha sido compaginado con la tipografía Sabon en cuerpo 11.

Libros del Asteroide agradece la ayuda del FILI-Finnish Literature Exchange.



Prólogo

Los escálamos chillan como un pájaro.

En el fondo de la barca yacen dos lucios flacos, que más que peces parecen serpientes. Ya no colean, con este frío se han quedado tiesos. Por las mandíbulas entreabiertas todavía les chorrea sangre, lentamente, que se mezcla con el agua y forma finas florituras a los pies de Matalena.

Matalena mete la mano en las aguas gélidas del lago y la deja flotar junto a la barca, ociosa, hasta que comienzan a dolerle las articulaciones. El viento entresaca ondas en la superficie del agua, el cielo se refleja moteado, fragmentado, como si lo hubieran quebrado a golpes.

Juhani estira el cuello como una grulla; mira al cielo. Matalena observa el pescuezo nervudo de su padre, luego el fino caballete de la nariz, y finalmente levanta la vista al cielo, una inmensa cuchara de plata que desciende sobre el lago.

—Ya vuelan hacia el sur —suspira Juhani.

—¿Quiénes?

—Los cisnes.

—Yo no veo ningún pájaro.

—Es que ya se han ido.

La mirada de Juhani se posa en Matalaena.

—Pero al menos hemos conseguido pescado.

Juhani arrastra la barca entre los arbustos. Marja ha salido a recibirlos; deja a Juho en el suelo y Matalaena toma a su hermano pequeño de la mano. Marja se asoma a la barca.

—Qué flacos están.

Los árboles de la otra orilla se reflejan negros en la superficie del agua. De algún lugar llega el aullido de un colimbo ártico. Pronto, también él emprenderá el vuelo hacia el sur.

Caminan a través del bosque por un sendero estrecho. Cuando Marja se agacha para buscar arándanos rojos, se oye un siseo rápido, airado, como si un tizón candente cayera en el agua. Marja chilla, salta hacia atrás; sus pies no encuentran tierra al descender y se desploma de costado entre las ramitas. Primero distingue los arándanos, lívidos por el azote de las noches de frío intenso, como puntos difusos. Luego escudriña en la dirección del siseo y poco a poco el ovillo negro comienza a adquirir la forma de una culebra. Sus ojos contienen el color de una baya escarchada, los dos colmillos son como carámbanos. Pero la víbora no ataca, solo sisea.

Juhani avanza a grandes pasos con una gran piedra levantada en alto, sobre la cabeza. Entonces ataca. La serpiente queda aplastada bajo la roca.

De un soplo, Marja libera el aire que el miedo había encerrado en su estómago. Juhani le tiende la mano y la ayuda a incorporarse.

—Pobre bicho, ya estaba aterido. No tenía escapatoria.

Marja observa el pedrusco, le parece ver la culebra a través de él.

—¿Está viva todavía?

—No —responde Juhani, y se agacha para levantar la piedra.

—¡Por amor de Dios, no! Déjalo. No quiero verla.

—Está bien, que se quede ahí.

Se oye un suave chisporroteo cuando el extremo ardiente de la tea toca el agua del balde. La tenue luz aún tiene fuerzas para dibujar la sombra de Juhani sobre los troncos de la pared cuando este se incorpora del catre, le levanta el vestido a Marja, posa la mano sobre su rodilla y le separa las piernas. Marja agarra su miembro en erección. También a ella le apetecería, pero el miedo es mayor incluso que el deseo ardiente. ¿Y si se queda embarazada? Más bocas que alimentar en esta miseria. Y así empuja a Juhani de regreso al colchón. Él suspira, tratando de ocultar su decepción.

Marja mueve la mano despacio, de arriba abajo, mientras aprieta el miembro de Juhani. Él deja escapar un débil gemido. Ella se lleva la otra mano entre las piernas. Juhani termina primero. Marja se muerde el cuello del camisón, las olas recorren su cuerpo. Cuando han pasado, la sensación es otra vez de vacío. Acaricia el miembro flácido de Juhani y piensa en los lucios flacos.

Octubre 1867

Hay que sacrificar al peón. Si no, la reina blanca arrinconará al rey y el alfil no llegará a tiempo al rescate. Todavía está a unos movimientos.

Lars Renqvist no tiene más remedio que admitir que la situación sobre el tablero parece desesperada. Teo, nervioso, tamborilea con los dedos en el borde de la mesa.

—¿No te rindes aún? —le dice a su hermano—. Dejemos la partida por ahora y retomémosla en otra ocasión.

—Está bien. La acabamos en la próxima visita —responde Lars.

Teo observa divertido el rostro de su hermano mientras este sigue escudriñando las piezas sobre el tablero. Nota que Lars ha aprendido a fruncir el ceño como su adorado superior en el Senado.

—En mi opinión, ese senador tuyo está equivocado —dice.

—Tú no entiendes la esencia de este pueblo —suspira Lars, al tiempo que se levanta para servir ponche en vasos pequeños. Le ofrece uno a su hermano y continúa—: a la gente hay que darle trabajo. Si se le llena el

granero a cambio de nada, este no tendrá fondo. Nuestro deber supremo es procurarles trabajo a aquellos que no lo tienen.

—El trabajo resulta de bien poca utilidad y no da sus frutos si no hay comida que comprar con el salario.

Lars se irrita. El senador ha obtenido un préstamo sin garantías de la casa bancaria Rothschild. Y se lo han concedido únicamente gracias a la buena reputación del Estado. Es una confianza que no ha de deteriorarse perdiendo los nervios ante el primer contratiempo.

—No me cabe en la cabeza que no lo entiendas —dice Lars, enojado.

En ese instante se abren las puertas del salón y Raakel entra con la bandeja del té, que coloca en la mesita. Justo a tiempo. Lars toma aliento y se apacigua ante la mirada tierna de su esposa.

Teo piensa que Raakel es más sensata que su hermano. Si alguien hubiera tenido la ocurrencia de pedirselo, seguro que para entonces ella ya hubiera resuelto el problema de los mendigos. Le hubiera pedido a todo el mundo que regresara a sus hogares: habrá comida en cuanto encontremos un puchero lo suficientemente grande. Solo hay que tener paciencia y esperar.

—La idea era gestionar la compra del cereal de emergencia a través de comerciantes. Esa era la propuesta del senador y llevaba toda la razón. No es culpa suya que los comerciantes no hayan sido lo suficientemente diligentes —aclara Lars, como un padre paciente que explica lo mismo a su hijo por séptima vez.

—No dio tiempo a adquirir nada de cereal. Y puedes pedirle a un comerciante que alimente a los pobres tanto como le pedirías a un pastor que le entregue la camisa

al prójimo — replica Teo.

La mención de los curas hace que Lars guarde silencio un instante, y Teo supone que su hermano aún siente cierta culpabilidad porque ninguno de los dos cumpliría el gran deseo de su padre y se dedicara a la teología.

—Por lo que a mí respecta, conozco a uno que estaría bien dispuesto a renunciar a su camisa por las putas del barrio de Punavuori —interviene Raakel.

—Soy el médico de los pobres, igual que el gran Paracelso —responde Teo extendiendo los brazos.

—Entonces las putas de Helsinki no tienen de qué preocuparse, con nuestro Paracelso velando por ellas.

Lars suelta una carcajada. Raakel, exultante por su victoria, cierra la puerta de un portazo al salir. También Teo se divierte al imaginar que en los labios de Raakel se está dibujando una sonrisa triunfal al haber sido ella quien ha pronunciado la última palabra. Qué buena madre sería si no fuera estéril. Aunque el problema bien podría tenerlo Lars, piensa Teo; quizá su familia esté condenada a extinguirse con ellos.

Tal vez sea ese el quid de la cuestión. La hambruna elimina a los más débiles de la nación, igual que un jardinero poda las ramas podridas de un manzano.

Una vez que Teo se ha ido, Lars se concentra de nuevo en la situación sobre el tablero. Con el peón podría ganar tiempo para unos cuantos movimientos más, pero hasta para acabar en tablas sería necesario que su hermano cometiera un error garrafal. La partida está perdida y Lars supone que Teo la ha dejado a medias a propósito, tal vez con la intención de que él tuviese tiempo de estudiar la situación y comprender lo desesperado de su posición.

A su mente acude la expresión de agónica crueldad del senador cuando dijo, irascible:

—¿El asistente de cuentas tiene algo que añadir? He dictado mi mensaje, ¡vaya a entregarlo!

De eso hace ya un mes. Lars se había quedado de pie en el umbral del despacho del senador; apretaba en la mano el telegrama enviado por el gobernador Alftan, cuidándose, sin embargo, de no arrugarlo, pues el senador se reservaba para sí el derecho de estrujar los telegramas y arrojarlos al suelo en un arranque de cólera. En el norte se había acabado el cereal y Alftan requería auxilio urgente. Lars solo era el insignificante mensajero, pero el senador dirigía contra él su enojo. Tal vez la situación allí era verdaderamente desesperada, se había atrevido a sugerir Lars, a lo que el senador había respondido que seguramente, por lo menos en lo que respectaba a la gestión financiera. Lars había salido del despacho entre juramentos, y en un principio se había odiado a sí mismo, su actitud vacilante, y luego había odiado a todos los Alftanes del mundo, burócratas que, llegado un contratiempo, mostraban debilidad y se doblegaban ante el primer viento fuerte y dejaban solo a un hombre de la talla del senador, solo frente a la tormenta. Por último, había maldecido a los estúpidos campesinos del interior, a los holgazanes, gordos propietarios de haciendas que ponían a sus jornaleros en la calle para que a ellos les quedara más, cuando hubiesen debido alimentar a sus pobres, ya fueran asalariados o mendigos.

—Se acabó por este otoño —anuncia Raakel.

Lars se espabila y mira interrogante a su esposa. Ella está de pie junto a la rosa china y acaricia con delicade-

za sus hojas verdes.

—Hace más de una semana que no echa ni una flor.

—Vaya, antes daba flores hasta después de Todos los Santos, ¿no?

Lars se esfuerza a levantarse de la silla y se acerca a su mujer. Cada vez que la rosa china comienza a hibernar, a Raakel la abate la misma melancolía, y otra vez no tiene nada a lo que consagrarle su calor y afecto. ¿Y si ya no florece más? El mismo temor todo el invierno, la misma frase cada vez, cada año, cuando Lars regresa del trabajo y encuentra a su esposa acariciando las hojas de la rosa china.

—Bueno, entonces florecerá en primavera de nuevo.

—Quizá, quizá. Pero es que estos días todo lo hermoso parece marchitarse.

Un hombre con turbante cabalga por el desierto con una doncella de rostro velado en el regazo; de fondo, los rayos del sol poniente bañan de oro un palacio.

Cecilia está desnuda, se pone en cuclillas sobre la jofaina y se enjuaga entre las piernas. Los hilillos de agua resbalan por el oscuro vello púbico. Los pequeños rizos se estiran, de su extremo caen gotas en la palangana. Cecilia endereza la espalda, posa las manos sobre las rodillas y abre las piernas un poco más. La vulva aún está abierta de resultas del coito.

—Pareces bobo con la barbilla colgando —advierte.

Teo le alarga un paño de lino con el que ella se seca entre las piernas.

—¿Cómo te llamas? Quiero decir, ¿cómo te llamas de verdad?